

La página viva

Los pasos de Bioy en un mundo sin Borges

José de la Colina

En la Confitería del Molino me encontré con mi hijo Fabián, al que regalé un experimento con el tiempo, de Dunne, comprado en el quiosco de Callao y Rivadavia (después de cavilar tanto sobre este encuentro, dar con ese libro me había parecido un buen augurio). Después de almorzar en La Biela, con Francisco Korn, decidí ir hasta el quiosco de Ayacucho y Alvear, para ver si tenía un experimento con el tiempo; quería un ejemplar de reserva. Un individuo joven, con cara de pájaro, que después supe que era el autor de un estudio sobre las Eddas que me mandaron hace meses, me saludó y me dijo, como excusándose: “Hoy es un día muy especial”. Cuando por segunda vez dijo esa frase, le pregunté: “¿Por qué?”. “Porque falleció Borges. Esta tarde murió en Ginebra”, fueron sus exactas palabras.

Seguí mi camino. Pasé por el quiosco. Fui a otro de Callao y Quintana, sintiendo que eran mis primeros pasos en un mundo sin Borges. Que a pesar de verlo tan poco últimamente yo no había perdido la costumbre de pensar: “Tengo que contarle esto. Esto le va a gustar. Esto va a parecerle una estupidez”. Pensé: “Nuestra vida transcurre por corredores entre biombos”. Estamos cerca unos de otros, pero incomunicados. Cuando Borges me dijo por teléfono desde Ginebra que no iba a volver y se le quebró la voz y cortó, ¿cómo no entendí que estaba pensando en su muerte? Nunca la creemos tan cercana. La verdad es que actuamos como si fuéramos inmortales. Quizá no pueda uno vivir de otra manera. Irse a morir a una ciudad lejana tal vez no sea tan inexplicable. Cuando me he sentido muy enfermo a veces deseé estar solo: como si la enfermedad y la muerte fueran tan vergonzosas, algo que uno quiere ocultar.

Adolfo Bioy Casares, *Borges*, Destino, Buenos Aires, 2006.



Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares

El monumental libro de 1663 páginas que muy sobria pero suficientemente se tituló *Borges*, en el cual Adolfo Bioy Casares volcó las casi diarias anotaciones acerca de su larga, su no siempre cómoda aunque casi hogareña amistad con Jorge Luis Borges en un permanente ámbito bonaerense, merece que se le coloque junto a las obras maestras de un género en el que se han destacado los escritores de habla inglesa: el biográfico, un género del que es modelo la *Vida del doctor Johnson*, de James Boswell. Puede decirse que ambos libros son obras teatrales en que dos únicos personajes se representan dialogando acerca de lo sublime, lo hermoso, lo feo, lo serio y lo trivial, asumiendo además, y muy agradablemente, lo meramente anecdótico, los detalles menores e incidentales, individuales respecto a los grandes temas. (Respecto a lo anecdótico, a lo incidental, a los hechos menores y lo individual, vale citar a Marcel Schwob en el prólogo de *Vidas imaginarias*: “El arte es lo contrario de las ideas generales, describe sólo lo individual, no desea sino lo único. No clasifica, desclasifica”).

La página 1591 de ese *Borges* de Bioy Casares sería no más que cualquier anotación cotidiana de un escritor que el 14 de

junio de 1986 se enteró de la lejana muerte de un colega que, quince años mayor que él, fue su amigo cercanísimo y su aliado en algunas empresas literarias, hasta el punto de a veces constituir los dos un solo autor: H. Bustos Domecq (o “Biorges”, como proponía creo que Emir Rodríguez Monegal). Pero más allá de su triste y vieja noticia, esa página de Bioy adquiere intensa vida gracias a la mera segunda parte de una línea: “sintiendo que eran mis primeros pasos en un mundo sin Borges”.

Esas once palabras, en las que subyacen una famosa amistad y los literarios vasos comunicantes entre dos grandes autores de las letras argentinas y mundiales, hacen sentir la desolación de un mundo en que la muerte de uno de ellos se ha llevado a la nada los más de mil y un días convividos con el amigo entre comidas, cenas, paseos, páginas, charlas, opiniones, y discusiones y chismes y aun momentos de desafecto.

Entre quienes al leer a Bioy lo hemos acompañado en sus pasos junto al autor de *El Aleph* y la *Historia de la eternidad*, ¿quién, aunque no haya tratado a la persona Borges, no habrá también conocido esa triste sensación de pérdida de un amigo por el hecho de que ya no habría nuevas páginas de Borges? **U**